buenos deseos y la consideracion que debe tenerse á unas personas, que dan vida y calor á las composiciones dramáticas, que sin ellas superfluo es el que escriban, y que de ellas depende la impresion y frutos que se proponen los autores al componerlas, han llamado siempre mi atencion, no pudiendo serme indiferente, y creo que á nadie, que los actores despues que han gastado sus años en un trabajo tan dificil y á satisfaccion del público, cada cual segun su talento y aplicacion, se encuentren á la vejez, ó en el evento de que antes los estropée una enfermedad, sin contar con algun auxilio que atenúe las penalidades anexas á esas situaciones. ¿No es sensible que un comedian te á quien hemos visto decentemente equipado, aplaudido, y que ha sabido grangearse la estimacion, lo encontremos despues de lo que ha trabajado, ó de cobrador á las puertas del teatro, ó en otra colocacion que apénas le de para mal comer? El remediar este mal, y que los actores no tengan aquel desasosiego que naturalmente ocasiona la incertidumbre del porvenir, y de como se pasará la vejez, es mi intencion al ocuparme de este asunto, y los mismos actores pueden poner término á esa calamidad si se prestan dóciles á poner en ejecucion mi idea sobre el particular. Es sencilla, y aunque se encuentren algunas dificultades, ¿porqué no han de procurar allanarlas las mismas personas de cuyo bienestar se trata?

La tal idea, proyecto, ó como guste llamársele, se reduce á que cada actor, de los que disfrutan sueldo fijo, concurra con tres ó cuatro granos por peso, de sus respectivas asignaciones, que se les descontará al distribuirseles mensualmente. Que lo que así se recaudare, se pase á una arca destinada esclusivamente á su custodia; y á que los caudales que se fueren reuniendo, no tengan ni pueda dárseles otra inversion, que las que se señalen para jubilaciones de los actores.

Ahora: el reglamentar y cuidar de su conservacion y aumento, así como de la edad en que hayan de espedirse las jubilaciones, sus montos, por quién, en qué terminos, y si podrá hacerse estensiva á los de igual profesion que andan corriendo la legua, ó están en otros teatros, ó pasan de ellos á los de esta capital, debe dejarse á los mismos interesados, pues nadie como ellos debe estar atento á que la recaudacion sea exacta, puntual, la que debe ser, que las pensiones sean asignadas con equidad y justicia; que los fondos no se distraigan á otros objetos, y que las seguridades que hayan de exigirse á los que los manejen, sea de entre ellos ó estraño, pues se deja á su eleccion este nombramiento, sean las convenientes. Acaso podria ser oportuno dársele alguna intervencion en este ramo á la autoridad municipal con la mira de hacer mas firme, y formal este establecimiento; lo que sí importa es que se realice la idea aunque no sea por los medios y arbitrios indicados.

Podrá suceder que así este pensamiento como los demas, encuentren quien los impugne, quien los califique de ilusiones, ó una pura charlatanería: el que esto ha escrito, ha manifestado con la mejor buena fé el único fin que lo guia: repite que sus tendencias no son otras que el bien y mejora de nuestro teatro: que este sea mexicano, y que si se ha equivocado, y si disgustare y fastidiare, no por eso ha de sostener las opiniones que ha emitido. Los que las encuentren estravagantes, impracticables, y tal vez ridículas, ténganlas por no escritas, y con que consignen este papel á un boticario, tendero ó cohetero, ó á otro uso, dénse por suficientemente indemnizados, y por compurgada la audacia del autor....

ESCENAS ANAHUACENSES.

EL CAFÉ DEL PROGRESO.

LOS COLEADORES.

Una noche en que como las mas de mi vida, me hallaba acosado de tedio, me dirigí maquinalmente al café del Progreso y habiendo entrado en él, buscaba en vano una mesa en que colocarme para tomar un helado: todas estaban ocupadas y en cada una de ellas había las diversas reuniones de esas clases con que se forma nuestra sociedad. La conversacion, cuestiones y disputas se versaban en unas sobre la política, la economía, menúdeo, presente guerra, crónica escandalosa de algunas damas y personajes; y en una de esas mesas ¡cosa estraña! sobre literatura, caballos, coleaderos y no se que mas; esta mesa era la mas singular por la miscelanea que comprendia aunque no la mas propia. Aquí y acullá se disputaba con acaloramiento; quien hablaba de sus campañas en que aparecia mas grande que Federico y Napoleon: quién del sistema de hacienda comentando á Necker: quién era mas liberal y patriota que Washinton y Morelos: quién mas hábil que Talleyrand, Dupin, Herschell y Thiers; y quién mas diestro y ágil á caballo que Franconi ó el mejor charro de tierra dentro ó baquero del Mezquital.

Cualquiera sin haber entrado antes y sin conocer el café, cree por solo el ruido que oye que el empresario obtiene grandes y extraordinarias ganancias; pero cuando ve que una no pequeña parte de los concurrentes hace el gasto con el uso de los periódicos, ajedrezes, dominós, sillas y braceros y algunas veces con un vaso de agua tan pura y limpia como su bolsa, se desengañará de ser falsa su congetura.

Me encontraba demasiado fastidiado y mas por la imposibilidad de colocarme, cuando llegó un amigo mio muy relacionado con casi todos los concurrentes, invitándome en seguida para que lo acompañase y ver en donde nos sentabamos: lo seguí y con algun trabajo, logramos nuestro intento entre una mesa de políticos y la ya espresada de literatos á quienes él saludó con la marcialidad y franqueza que acostumbra. Despues de haber pedido cada uno lo que quisimos tomar, me dijo:

—Que parece á V. esa batahola?

—Infernal, amigo.

—Tiene V. razon; pero yo aquí paso el rato con todas estas gentes las mas singulares del mundo, porque como habrá V. observado todas discurren á su modo y segun sus intereses y gustos. Mire V. esos políticos con ciertos liberales exaltados, desinteresadísimos ínterin no alcanzan un empleo; ese que parece fué militar y habla tan arrogante, es ahora federalista, porque el gobierno que lo destinaba á Tejas á donde no quiso ir, le quitó el empleo. Aquellos que vé V. mas adelante con bigote y presillas, hablando contra la libertad y los congresos, fueron nada ménos que cívicos ú oficinistas de algun antiguo Estado. Ese otro militar de aquella mesa de enfrente, es ahora coronel permanente y antes odiaba de muerte al ejército, y.... ya lo ve V., tan amigo de la paz, del órden, y relacionado estrechamente con el general R., acérrimo escosés. pues se ha hallado en todas las revoluciones desde la Acordada hasta la de Huejotzinco, y cuando la instalacion de las lógias yorkinas comenzó á figurar de camarista de Zavala y mal escribiente de Lobato, y despues fué denunciante en tiempo de Facio: su compañero, que tambien es coronel, rebosa en su semblante el orgullo y la mayor presuncion, hijo de otro pais, siempre está renegando de México y diciendo que los mexicanos son unos hotentotes, y si hay alguna accion, poco le importa que se derrame la sangre á torrentes, por el contrario, se alegra con las guerras civiles, en las que ha hecho su papel por el que ha sido bien remunerado. El licenciado que está en la mesa que sigue ha recorrido la escala de los partidos y se recibió de abogado cuando las famosas baratas de Tlalpam y Guadalajara, por los años de 28 y 29, sin mas trabajo que haberse hecho cofrade del rito de York, y habiendo sido juez de letras, los pueblos á quienes les tocó le tienen tanto hor-

ror como al cólera-morbo. Ese personage que pasa ahí vestido con tanto lujo, con magnífico reloj, y adornado de cadena de oro y riquísimo prendedor, se le ha conocido por furibundo escocés, á esto ha debido su colocacion en una aduana marítima, y por las intrigas con su partido ha ocupado distintos empleos y tan lucrativos, que en un mes ha logrado una ganancia de 80.000 duros; y no es lo mas esto, sino que está relacionado con el agiotista Garatuza y con los demas, en cuyo poder tiene sus fondos. Aquel viejo que lo acompaña y le habla al oido, debe V. conocerlo, es D. Atenógenes Estafa, contrabandista en la capital, hombre de muchas tretas aunque no de letras: el cielo le ha concedido una docena de hijos y á todos los ha colocado en un *coup d'œil* de capitanes, de suerte que con su familia habria para cubrir un ministerio y la plana mayor: esta familia es una falange temible, pues cuando ésta cae á un café, villar, al portal, alameda y demas diversiones *gratis*, monopolizan los asientos, y los periódicos. ¿Ve V. ese caballero que habla y acciona á la vez con calor y con una cartera en la mano, á ese amigo del ministro de hacienda? Es un corredor muy conocido por los contratos en que ha intervenido y por los que se ha querido que la nacion recibiese 25.000 ps. en numerario ó moneda antigua de cobre, y 975.000 ps. en vales de alcance de viudas y retirados, y á pagar un millon de pesos con el moderado premio de un 6 por 100 mensual. Ese que está encendiendo un puro habano, ha sido diputado y del partido del gobierno, y para votar primero consulta al ministro: antes dizque era liberal, y lo que si nos consta es, que en el año de 33 era terrorista; pero ahora asegura que está por una libertad justa y moderada y que pertenece al órden: un sobrino suyo que pretende figurar, no falta á la asistencia en la junta patriótica del aniversario de Independencia, y aun á la compañía Lancasteriana, pues mucho le lisongea ver su nombre en letras de molde en algun periódico, cuando se insertan en él las actas de sus sesiones. Este hombrecillo de color moreno y medio vivaracho que ve V., anda de capa allí hablando de todo y nada en sustancia, es primo hermano de D. *Claudio Ubique*: como éste, se precia de tener relaciones con el gran tono; pero en lo que no cabe duda es, en que siempre está presente á los bautismos, bailes, pésames del conde P y del marqués Z, y á los convites que á estos les dan: ha estudiado tanto el arte de introducirse en la alta sociedad, que por este medio se ha familiarizado con algunos del cuerpo diplomático, en términos, que Madama Calderon de la Barca, cuando lo vió por la primera vez, que fué vestido de uniforme porque es empleado, creyó que era el enviado del Japon. Por último, ese caballerito tan peripuesto, de quien se desprenden los mas esquisitos aromas de las pomadas de Paris, y vestido á la *derniere* con Sac Vangool, pantalon y chaleco Cusac, sombrero Ancessy y bota Legorreta, no puede pasar por muchas sastrerías y demas talleres sin riesgo de quedar tan limpio como salió al mundo: es, pues, de esos á quienes se llaman *ruchis* y que como él nunca pagan el asiento en el teatro: pertenece en fin á una de esa familias en que *todos* los individuos de ellas subsisten del erario, hasta el que acaba de salir de la escuela.

Aunque no eran nuevas para mi varias de esas particularidades que oía de la boca de mi amigo, la vista de tanto actor y de su arrogancia y maneras, me obligaron á pensar en política por mas que ella me ostigue, por lo que le dije:—Veo, ciertamente, que con semejantes hombres, que por desgracia abundan entre nosotros, se hace cada dia mas dificultoso un arreglo cualquiera y por diversas que sean las instituciones que rijan en la república. Uno que se unió á nosotros, y que despues nos dijo era labrador, agregó con cierto aire de pesar: —Es tal el abatimiento nacional, que nadie se ocuparia de los asuntos políticos, si no viese un porvenir espantoso: yo protesto que nada me importaria ver á todos los mexicanos y *los que no lo son* con bordados y relumbrones, con tal que no se improvisasen contribuciones y empleados que todo se lo absorven, con perjuicio de la nacion que no puede reportarlos, y de las clases laboriosas que son las que hacen á Lázaro.

—Vaya! eso es mucho egoismo, le dijo mi malicioso amigo, por darle, como él decia, una *calentura*.

—Egoismo! replicó con cierta indignacion: hombre, mas vale que dejemos esta materia, porque bastaria para hacer perder el juicio al mas impasible estoico.

A la vez que dimos por terminada la conversacion, llegaron á la mesa de los coleadores Pedro y Macario, dos de esos arrogantes jóvenes, recientemente condecorados con las charreteras de capitan *ad honorem*, y ademas agraciados con un buen empleo en una de las mejores oficinas, en las que fuman, hablan y disputan de modas, coleaderos, caballos y muchachas, con *suma* ventaja para las labores de ella. El uno venia vestido á la última moda, y aun

que ambos pasan por *dandys*, su compañero estaba envuelto en su capa, vestia calzoneras y traía sombrero poblano con su correspondiente toquilla, chapetas y barbiquejo medio salido, porque todo esto es propio de *veteranos* y pasa tambien por buen tono. Los dos se acercaron con cierto aire de proteccion y con el mismo saludaron al corrillo. Uno de los de éste tomó la palabra.

—Hombre, Perico, qué atufado estás, alguna aventura te ha acontecido; vamos, dinos si la hermosa Rita te ha dado tu patente ó retiro absoluto?

—No me hables de eso, que es lo que ménos me habia de apurar.

—Pues que desgracia te aflije?

—Cómo que, mañana tenemos un *coleadero*, y de mis cuatro caballos ni uno tengo útil. El *Rayo* se me *desortijó coleando* esta mañana: al *Relámpago* lo *asolié* hace ocho dias por haber ido y vuelto á Cuernavaca en el dia: el *Hércules* tiene una *aguadura;* y al *Napoleon* se lo hirieron esta tarde en los toros á Roque que se lo dí para que lo metiera á la plaza. Considera que desgracias, no sé como no me hé dado un balazo.... y....

—Amigo, le interrumpió uno de los del corrillo que parecia literato: ¿y por qué le puso V. á uno de sus caballos Napoleon?

—Porque segun creo acordarme, he leido que este era un general de los ingleses que hace dos años sitió á caballo á España y la rindió por hambre.

—Bravo, bravo, tiene V. razon para haberle puesto un nombre histórico á su caballo. V. es muy ingenioso.

—Muchas gracias: no, sino que soy aficionado á los caballos.

—Sí, se conoce que V. lo es tambien á la historia segun se ve.

—Me gusta mucho, y no hay dia en que no lea una obra que trate de ella.

—Luego se advierte, dijeron los mas de los concurrentes; qué Perico este tan guapo; pero qué haces por fin de caballo para mañana?

—No tiene que apurarse, dijo Macario, ya le he dicho que le mandaré cualquiera de los mios, el *Torrente*, el *Vapor*, ó el *Bergantin*. Supongo que vds. nos acompañarán mañana.

—Si á alguno de vds., dijo Tiburcio, le faltan reatas, *chaparreras*, espuelas, ó cualquiera otra cosa, yo se la facilitaré: ayer me mandó regaladas veinte docenas de reatas de la Florida un amigo del Mezquital: yo tengo una preparada que sola laza, ¡qué pita! *donde la asiento es segura la abrochada*, y si no que lo digan Nazario, Juarez y Morado cuando estuvimos en el potrero *manganeando*.

—Ciertamente que sí, dijo Pedro, pues dá gusto ver como lo hace Macario.—Vaya! si es un dije.

Despues de haber hablado mucho los dos amigos, haciéndose elogios recíprocos de que eran hombres de á caballo, dando que reir á los del corrillo y á los demas que los escuchaban, se convino en que les acompañarian al *coleadero*. Convidaron, pues, á mi amigo, y todos quedaron en concurrir temprano.

Su conversacion de caballos, cola y *manganas*, terminó con no poco placer de los literatos que luego entraron en su turno hablando de Victor Hugo, Dumas, Soulie, hasta ocuparse de la Cañete, Hermosilla, la Cordero y Salgado, cuya conversacion la provocó un Sr. general que se acercó muy elegante y cortés y que en sus ademanes y espresion arañando los 50 pretende pasar por jóven y semi-literato, porque á otro Sr. general su amigo le oye disertaciones sobre la correccion del idioma etc. etc., y nuestro hombre, que á mas de querer ser un Adonis, tiene pretensiones de estar en el buen tono y de poseer el castellano segun el deseo que lo devora de marcar la pronunciacion de la *c*, *ll*, *s* y *z*: así es que su señoría, como dije antes, provocó la enunciada cuestion diciendo, que el *dracma* último de Belchite tenia mil defectos, y entre ellos que la *muraya* no estaba bien presentada en el *castiyo*, que la *opocision* de la concurrencia de aquel teatro á los actores de Santa Paula era *cistemática y* infundada; pero que sus intenciones serian *frustradas*.

Los literatos y los que no lo eran al oir semejantes palabras se veian unos á los otros las caras, y despues de una sonrisa general que procuraron reprimir, se despidieron, retirándose cada uno para su destino por no oir mayores lindezas de tan estravagante personage.

Mi amigo y yo nos despedimos y cuando estabamos solos me dijo:—Supongo que se habrá V. divertido con ver á semejantes hombres, y mañana me acompañará V. para que vayamos al coleadero y se divierta mas.

—Ya sabe V. que no me gustan esas diversiones, que nada sé de campo y sobre todo que no tengo caballo.

—Esto último no importa, alquilarémos uno pues todos los mas de esos insignes *charros* así lo hacen. Ya V. los vee con reatas en los tientos y espuelas grandes y *chaparreras*, hacen tanto como V., yo ó mi cocinera. No hay re-

medio, vaya V. á casa á las ocho y allí todo lo tendré preparado.

Por fin cedí y quedamos en que iria á la hora convenida.

Iba á otro dia á casa de mi amigo cuando pasaba muy galan y medio ladeado en el caballo, uno de los convidados, él que luego se paró á conversar con uno que encontró: en este instante transitaba un coche y como la calle estaba llena de estorbos segun están las mas de la capital gracias á la buena policía, el carruaje tocó un poco al pasar el anca del caballo de aquel, que dando un repentino brinco, vino á tierra el ginete, con todo y chaparreras y espuelas lo que exitó la risa general, que en conciencia no decia bien con el susto y sopapo que habia recibido. Tomáronle el caballo y demasiado avergonzado se resistia á montarlo otra vez, diciendo: la culpa la tengo yo por que sabia que este caballo es *muy sentido;* pero ese cochero me la ha de pagar: le he de echar un lazo á caballo, ya lo conozco. En esto vino al galope un amigo del caido é impuesto brevemente de lo ocurrido fué á alcanzar al cochero: desató su reata y fuí yo tambien á ver en lo que paraba la escena.

El nuevo campeon que no conocia el coche arremetió lleno de zelo y fogosidad al primero que encontró: tan luego como iba cerca le dijo al cochero.—Parate ahi bribon, yo te enseñaré á ser hombre.

El cochero seguia su camino pues nada comprendia y menos sabia que á el se dirijian aquellas palabras: así es que cuando menos lo esperaba, recibió un fuerte *reatazo:* el cochero que estaba inocente y que se veia agredido injustamente le devolvió con usura el azote con su tosca cuarta: esto puso mas mohino y furioso al caballerito que decia en alta voz.

—Déjemelo, déjemelo.

—Echénmelo *á lienzo* y lo arrastro hasta *donde no pese.*

Con todo y esta amenaza, el cochero seguia su camino, poniéndose en guardia con su senda cuarta para defenderse: el ginete hacia una grande *honda* capaz de comprender en ella la catedral, y remolineaba la reata; el caballo de él brincaba ó se alborotaba: en esto solia perder los estrivos y abandonaba la reata por ocurrir á la cabeza de la silla: por fin, despues de varias fatigas, se enredó con la reata, y el cochero aprovechándose de esta oportunidad, se le acercó y le dió dos ó tres chicotazos no muy suaves en la cara al ginete y uno al caballo, con lo que se desembarazó de semejante importuno, que cayó al suelo, por haberse asorado mas con el azote y la reata que se le metió por la cola al corcel, y mas prudente que su amo, tomó las de villadiego.

Pestes y rayos decia aquel jóven mas desgraciado que el ilustre manchego cuando atacó á los molinos de viento, protestando que haria y tornaria. Pasado un rato, le trajeron el caballo, y despues de varios registros en su bolsillo, dió á los que lo tomaron cuatro tlacos voluminosos de los del dia; pero á mas de ellos, inmensas gracias, y ofreciéndoles gratificar en otra ocasion, lo que no satisfizo á los que habian usado de tanta oficiosidad.

Despues de una disputa en que no quedó bien puesto el honor del caballerito, á la vista de un público curioso é imprudente, montó y fué á reunirse con su amigo, quien á pié, cojeando y con su caballo de la mano, llegó al lugar de la reunion.

Estos sucesos me habian hecho reir demasiado, y con la sonrisa en los labios llegué á casa de mi amigo, á quien impuse de lo ocurrido, y ambos tuvimos que reir bastante. Nos dirigimos en seguida al punto donde habiamos de reunirnos, y allí los héroes con los cocheros, ya decian á cual mas sus proezas, callando por supuesto la verdad, hasta el grado de que uno de ellos aseguraba haber arrastrado al cochero, carruaje y mulas, bien que las señales de los cuartazos, que tenia en la cara, decian lo contrario.

Mi amigo que era el mismo diablo, y que cuando estaba de humor, se convertia en un cócora de primer órden, y mas habiéndole instruido de lo ocurrido, refirió todo como habia pasado, y ambos jóvenes sufrieron una de esas cargas generales que pueden llamarse á la bayoneta y sin cuartel, agregando:

—Pero hombres, para qué llevan vds. espada y reatas si les ha de suceder el chasco de hoy: vaya, que son vds. muy candorosos, y lo peor es que el lance pasó en las calles mas concurridas.

—Vaya! basta de cargarles tanto á nuestros amigos despues de lo que han sufrido, dispongámonos para partir que es lo que importa, dijo Catarino.

—Sí, sí, esclamaron los mas á un tiempo.

—Sus, muchachos, prevengan los caballos y vamos, dijo uno á los mozos.

—*Allons, allons,* compañeros, *sur le champ.*

Sur le champ, dijo otro: y bajaron todos, metiendo una bulla sin igual.

—Jacinto, ¿porqué no me has puesto en el caballo el *jorongo* y las pistolas? (hablándole Pedro á su criado y dirigiéndose á sus amigos.

—Si vieran vds. qué pistolas: son de patente y de pelo, de modo que al descubrir puedo *llevarme á cualquiera,* ¡ah! mi espada es de lo mejor, ahora la verán, parece una navaja de barba.

—Hombre, otro dia veremos todo, y por ahora vámonos, ¿por qué la llevas? al fin no se ha de ofrecer, le replicó Remigio.

—Eso no, que yo nunca dejo de salir sin armas ni *jorongo.*

Provistos, pues, los mas de todos sus atavios campestres y militares, se marcharon como si fuesen á un combate. Al pasar por las calles no dejaban de hacer mil monadas á las de los balcones, y al mismo tiempo hacian brincar sus caballos. Habiendo salido de la garita, comenzó cada uno á alabar sus corceles. Serapio arremetia con las espuelas al suyo, é iba á dar un *encontronazo* á mi amigo, que le paró el que montaba, y en su empresa aquel no quedó muy satisfecho. Yo pobre diablo, y sin conocimiento alguno de equitacion, temblaba á cada paso de que viniera á ser objeto de los ensayos de aquellos señoritos; mas afortunadamente mi amigo que era de armas tomar, moderaba los deseos de sus camaradas, que eran bien vehementes, y á fé que tenian razon, por que entre ellos era yo un verdadero apéndice, el mas conciso y original, pues montado á caballo hacia la figura de una etcetera.

Caminábamos por la calzada, y los campeones cada cual se esforzaba en elogiar de nuevo á su caballo, y me constituian por juez en sus disputas,

—Tiburcio decia: qué caballo este, *no es mas que prenda.*

Perico.—*A que cuaco tan sobrado!*

Macario.—*Aquí lo traigo,* y se metia la rienda en el dedo pequeño de la mano, que levantaba bastante; tiene un gobierno, que se maneja con una seda.

Serapio.—Míreme *nómas,* no lo azoto recio por que lo *estrello,* qué tiempos tiene!

Catarino.—Qué cuaco! al arranque hasta la cintura truena.

Remigio.—El mio tiene un trote amargo, es una pólvora al *pasar.*

Tiburcio.—Este penco parece que se duerme; pero tiene el brio oculto, no lo busco por no calentarlo.

Quirino.—Este no duerme; pero ronca, si se lo *emparejo lo ladeo.*

Macario.—Cincuenta caidas y la mitad de otra.

Pedro.—Las mias son redondas y no de *echada.*

Serapio.—Yo *jalo* arriba.

Catarino.—Yo á *pulso.*

Remigio.—Yo echo bolera.

Tiburcio.—Este penco llega por los dos lados, yo mejor *jalo* por el izquierdo.

—Yo por donde quiera y á rodilla.

—Mi caballo es un tronco para lazar.

—Yo amarro á muerte.

—Yo *á vuelta.*

—Eso no vale.

—Yo no *remolineo.*

—*Yo no hago atole* (1) y lazo á la callada.

Semejante conversacion los acaloró hasta el estremo de desatar unos sus reatas y quererse lazar entre sí: los demas sin desatarlas, pretendieron colearse unos á los otros. La sangre se me bajó á los piés al verme en medio de una guerra civil, de las mas temibles para mí: procuré quedarme atrás, y resuelto á desertar del campo; pero mi amigo, el mas têrco del mundo, me obligó á seguirlo, y á la verdad contra toda mi voluntad, pues mi caballo, aunque alquilado, no dejaba de alentarse de vez en cuando, y mas con las carreras y azotes. En esto, unos que otros estiraban sus reatas de la cabeza de la silla, y vi que rosaban esta, y tambien sus manos, lo que despues pasa en la alameda por heroicidad, trayendo el brazo ó mano envueltos, á veces pendientes del cuello, y diciendo que fué en tal ó cual coleadero, ó en el *aportadero* ó *encierro* para la plaza de toros. Los que se coleaban, *balonéandose* á su vez, solian tomar la cola al caballo de otro, pero *agarrándose del santo madero,* como dicen los charros, esto es, de la cabeza de la silla, y cuando querian alzar la pierna para *trabar la arcion,* soltaban la cola.

Por fin llegamos á la puerta del potrero. Los vaqueros nos rehusaban la entrada; pero despues de una honrosa capitulacion, siendo uno de sus artículos el exhibir en el acto tres pesos que se dieron á prorata, pudimos penetrar al potrero. Frio me quedé al oir la contribucion á que se me sujetó, pues no llevaba mas que un real en la bolsa, y me horripilaba ver el pésimo gusto tan estendido de contribuciones, hasta en donde menos deberia esperarse, no obstante que las rifas, loterías, almuerzos, meriendas y bailes de compadres, y de las tertulias, me hubiesen dado á conocer lo recibido que está ese malhadado sistema.

Inferí pues, que no habia tal coleadero preparado; pero para el caso era lo mismo. Los campeones, incluso mi amigo, echaron pié á

(1) Lo mismo que remolinear.

tierra, y aflojando sus sillas, que menearon ó compusieron en el caballo, en seguida las apretaron con todas sus fuerzas, hasta el último punto del látigo, y montados comenzaron á correr todos y á un tiempo tras de un toro: yo nada percibia de lo que pasaba, bien que mis circunstancias eran de las mas apuradas, y temblaba como azogado, pues como yo no habia de colear, me hicieron el presente todos esos señoritos, interin durase la diversion, de que les tuviese á algunos sus espadas y joronjos: mi caballo con todas estas cosas se alborotaba ó espantaba, y yo me hallaba tan embarazado que ni me podia apear, y renegaba de la hora y dia en que por condescendente habia concurrido á tan maldita diversion. Uno de los vaqueros que llegó á donde yo estaba, compadecido de mi triste posicion, me dijo que le diera las espadas y jorongos y que me apease: así lo hice no sin grave recelo, y ya entré en la mayor tranquilidad. Despues entablamos conversacion, y entre otras cosas me dijo con candor.

—Ya ve amo á todos estos señores, pues uno que otro sabe, cuando mas, andar á caballo.

—Pero hombre, no ve V. que cargan sus reatas y que sus manos y las cabezas de sus sillas estan rozadas.

—Oh! y eso qué importa, si traen reata en los tientos, es porque hasta los cajeros de la tienda de D. Roque, el de la plaza las cargan para que aparezcan campiranos, y si las cabezas de sus sillas están rozadas, es porque unos á los otros las rozan, ó porque lazan un árbol ó una rama, enredan, jalan, y....

—Vaya, vaya, que V. me hace conocer mas lo que son estos jóvenes.

—Ahora verá como no lazan á un toro, ni colean, sino que *namas* los corren; aunque alguno de esos niños no deja de *inorarlo*: eso sí, qué cuacos tienen algunos, amo; pero qué lástima, si viera como los vuelven luego *espigueros, estrelleros, boquimuelles y relajos ó ariscos*. Mire, de este *fierro* son los mejores caballos en que me he *baloneado*, y con un palito pintaba una marca ó fierro en su mano, que en seguida me enseñó.

Cuando esto decia, llegaron dos de los caballeritos, y con reatas en mano, corrieron en pos de un novillo para lazarlo: le tiró uno la reata al animal, y lazó en vez de aquel á un becerrito de ordeña, al que arrastrándolo ya lo ahogaba. Entónces esclamó el vaquero con voz ronca y que parecia de trueno.

—Eso no, caramba! déjelo, suelte el becerro, y se fué hácia ellos. No se qué otras cosas les diria, que el compañero del que habia lazado al animal, y otro que llegaba, vinieron por sus espadas, y se dirigieron sin hacerme aprecio á donde el baquero estába. Este, alzó unas piedras: otros dos fueron en seguida á unírsele á caballo con sus reatas en mano, y en medio de mil voces, no á la verdad las mas propias, dulces y castizas, vi que se preparaba la mas terrible campaña entre vaqueros y coleadores.

Como pude monté á caballo, lleno de terror pánico y resuelto á no ver mas coleaderos, ni *manganeaderos* y puse piés en polvorosa. Al pasar por la puerta del potrero, las mugeres de los vaqueros me quisieron cortar la retirada; pero mi caballo, cuya hambre le hacia desear su establo, reconoció el camino y se abrió paso con migo, sin temor alguno por enmedio de de aquellas mugeres: llegué sin aliento á casa, y cuando me apeé del caballo, sentí un fuerte dolor en las costillas: la causa era nada ménos que un guijarrazo, que en el acto en que lo recibí no lo noté por el susto. Qué sucedió en el potrero? Esto lo ignoro, pero si deseas saberlo, lector mio, pregúntalo á otro, porque yo no quiero ver mas á mi amigo, con quien estoy resuelto á quebrar por el chasco que me pegó.

MUERDEQUEDITO Y COMPAÑÍA.